

Una revista como *España Contemporánea* no necesita presentación ni posiblemente justificación. La presenta su propio título que es explícito y la ha de justificar —¡ojalá sea así!— su ejecutoria profesional cuando hayan transcurrido algunos años: entonces se sabrá hasta qué punto ha sido un foro de estudio y comprensión intelectual, una útil herramienta de trabajo o un varadero más de los folios escritos en que se sustenta la vanidad de los *curricula* profesionales y la arbitrariedad de las cotizaciones de las modas académicas. Es firme propósito de *España Contemporánea* evitar este último riesgo, aunque le conste que suma su esfuerzo a una parcela de los estudios hispánicos de tanta frecuentación como lo han sido los contemporáneos en estos últimos quince años. Pero hoy, cuando ese interés se equilibra con el que suscitan otras épocas más lejanas, nadie nos acusará, cuando menos, de oportunismo. Y en ningún caso quisiera esta revista ser un ejemplo de lo que, con notable gracejo, el colega británico Colin Smith ha llamado en un reciente trabajo «La industria de la erudición» (*Home-naje a Pedro Sainz Rodríguez. II. Estudios de Lengua y Literatura*, Madrid, 1986, 633-646): cuanto allí dice sobre las preferencias y las rutinas temáticas de nuestro gremio debiera ser lectura y meditación obligada para todos sus componentes.

*España Contemporánea* desea ser una revista de historia de la literatura en un momento en el que tal rótulo no puede ser confundido con su alicorta versión fraguada por el positivismo residual. Cree que a una historia de la literatura digna de tal nombre afluyen fecundamente el análisis estilístico, la ambición estructural de la semiótica (o las semióticas), el inteligente pirronismo de los deconstruccionistas, la penetración de los psicoanalistas, la meticulosidad de los retoricistas, la tarea de los interesados por la sociología del conocimiento, del estructuralismo genético, de la estética de la recepción y, por qué no, de los investigadores de concepción más tradicional y descriptiva. Todos estos renglones, tan distintos, escriben, en fin, la historia de la literatura que es nuestro horizonte de referencia: un lugar intelectual donde pueden coexistir la inmanencia connatural al texto y la tectónica de su historicidad, la pasión arqueológica y la fruición estética que es ajena a la temporalidad, la ambigüedad de lo intertextual y univocidad de la intención más directa, el rapto de la originalidad y la miseria del cliché resobado, la personalidad deslumbrante de lo individual y

la rebaja que impone lo colectivo... Y todo amparado además por los subsidios que nos traigan disciplinas como la historia de las ideas o la historia del arte que han de estar presentes en nuestra labor, como ya lo hacen con autoridad desde esta primera entrega.

*España Contemporánea* tiene como área temática de su dedicación la época de la difícil contemporaneidad española desde 1808 hasta nuestros días. Pero aunque nacida en América del Norte (donde concibieron poemas capitales Juan Ramón Jiménez y García Lorca y Ramón Sender escribió novelas espléndidas), es muy consciente de que también pertenece a ese tramo de la historia: es, como gustaría decir un hegeliano, *sujeto* y en cierto modo *objeto* de su pensamiento.

Quiere esto decir que se sabe parte (pero también reflexión crítica) de una cultura de alcance universal —la española— pero cuya raíz es más moral que filosófica o científica, y cuya moralidad estriba más en la pelea de la intuición con la realidad que en el establecimiento de normas. Y que esa cultura española es más nacionalista que universal y quizá también más etnocentrista que nacionalista incluso. Y que es una cultura que se ha interrogado sobre su propia legitimidad con gran fecundidad estética, pero cuyo ensimismamiento la ha hecho casi muda en otras áreas de la actividad humana. Sabedora de todo esto, *España Contemporánea* evitará el narcisismo inherente a su tradición porque conoce que también forma parte de ella el eclecticismo práctico de muchas gentes lúcidas (Cervantes, Jovellanos o Galdós) o la tercera voluntad científica de otras (Menéndez Pelayo o Cajal, entre muchos). Y su campo será no solamente el pasado cercano —propicio al narcisismo que niega— sino también el azaroso presente de su derredor que observará con comprensión y apoyo no exentos de talante crítico: los últimos años —el quinquenio final del franquismo y el decenio largo de la «transición»— han sido muy activos culturalmente, y pese a la incredulidad de muchos, pródigos en obras significativas y valiosas y no ausentes de enjundiosas reflexiones generales. De muchas de éstas, *España Contemporánea* se ha de sentir, por la fuerza de los hechos y la inevitabilidad de la cronología, solidaria y partícipe: no se zafará, pues, a su obligada condición de testigo de este fin de siglo.

SAMUEL AMELL y  
JOSÉ CARLOS MAINER